Oigo mi propia soledad
- Relatos -

Abdelmouttlaib Maimouni

Oigo mi propia soledad

– Relatos –

Abdelmouttlaib Maimouni

avant
editorial

Primera edición, mayo de 2024
© Abdelmouttlaib Maimouni, 2024

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-10236-41-7
IBIC: BT
DEPÓSITO LEGAL: M-13133-2024

A Aranza, por supuesto

Toda escritura es un viaje de descubrimiento

NADINE GORDIMER

Introducción

La narrativa breve de Abdelmouttalib Maimouni tiende a surtirse de experiencias iniciáticas, de relatos de ingreso en la vida adulta, con personajes que van de la infancia a la juventud, medrosos e intrépidos a partes iguales. Así es en «Oigo mi propia soledad», un cuento con mimbres de novela autobiográfica, que late con ritmo pausado, pero al mismo tiempo, ágil, con una prosa clara y diáfana; pura poesía de la nostalgia, como en «Cuando se apaga la luz». Aunque desde este cuento han transcurrido dos decenios, se diría que el repertorio narrativo de todos bebe

de la misma fuente: la memoria del hallazgo y aprendizaje de los primeros asombros y decepciones, enmarcados asimismo en «Mazinger Z» o en «No es país para niños», donde se muestra cuán incurables y voraces pueden ser los traumas de la infancia.

Los protagonistas mayormente son jóvenes que hacen frente a situaciones adversas y con desesperado hedonismo que recuerdan los usos y costumbres del Tetuán de la época universitaria del escritor. Alcohol, música, pasiones y esperanzas rotas componen el paisaje ruinoso de algunos de ellos tanto en «Arena entre los dedos» o en «Lo raro que es vivir», relato con el que el autor ganó en 2001 el Premio Eduardo Mendoza convocado por la Consejería de la Educación de España en Rabat, Marruecos. Pero lo que otorga un valor adicional a estos relatos no sólo es el abanico de sus personajes, sino también la mirada atrevida de Maimouni a la superficie

de su desgarradora existencia, con la que logra penetrar hasta el tejido conjuntivo de sus vidas donde se unen las partes sueltas para conformar la unidad deseada. Ahí es donde sale a la luz esa soledad inconfesada, esa herida soterrada, ese momento en el que sus relatos realistas (con la excepción de «El engendro» o «La mansión de los Raisuni», que pertenecen más bien al género fantástico), de estilo sobrio y fresco, sin alardes de ningún tipo, incitan al lector a actuar deductivamente en su lectura.

Arena entre los dedos

Lo raro que es vivir

1

El autocar avanzaba por la carretera con ondulaciones de serpiente. Las curvas eran tan estrechas que hacían chirriar los neumáticos mientras el conductor daba un volantazo tras otro. A mí, la verdad, nunca me ha gustado mucho viajar en bus, pero, al perder el tren, no tuve más remedio. Faltaban cuatro horas para llegar a la capital. Ese día tuve suerte porque, a mi lado, se había sentado una moza

guapísima de aquellas con las que soñaba uno. Llevaba una blusa corta con escote que dejaba ver, con un toque erótico, sus atractivas partes. Su cara y su aspecto en general me recordaban mucho a Rim, pero con una diferencia: parecía una de esas chicas a las que es difícil arrancarles una sonrisa. Nunca he sido un pervertido, pero me daban ganas de rozar las piernas contra las suyas, desnudas.

Nos acercábamos a un pueblo y había pasado ya una hora. Me apretaba la distancia entre los asientos y hubiera querido que el conductor parara en el pueblo para bajar y estirar un poco las piernas. Para un tío de un metro ochenta como yo, no era nada agradable viajar en un autocar como ese. Por desgracia, no se había detenido y ya me dolían bastante las rodillas. Me agaché un poco hacia abajo y abrí las piernas, de manera que llegué a tocar la rodilla derecha de la muchacha. Entonces, pasó lo que temía. Con un gesto

brusco de las manos, me apartó la pierna y me dijo tajantemente, con un rictus desafiante en la boca:

—Entre tu asiento y el mío hay una línea divisoria que ni tú ni yo debemos traspasar, ¿vale?

No dije nada; sólo me alejé de ella lo más posible e intenté acomodarme de tal modo que no me rozara con ella. ¡Y pensaba que iba a ser un viaje agradable con charla incluida, pero me dejó un sabor amargo en la boca, con una sed de venganza por satisfacer!

He sido siempre una de esas personas con una capacidad increíble para dormirse en cualquier sitio y a cualquier hora. Me acordé de que últimamente había caído dormido como un tronco en un taxi, en un viaje de diez minutos. Pero, en ese momento no podía lograrlo de ninguna manera. La presencia de la chica me asfixiaba, me impedía dormir, como un tumor o una espina en el corazón.

Tenía que pensar en algo bonito, como en Sara, por ejemplo. Mi pobrecita Sara, ¡cuánto la he hecho sufrir! Sara era de esas chicas que ya no existían, serena, sincera e ingenua, pero mis locuras y mis líos de faldas estropearon la comprometedora relación que nos unía. Gran parte de la culpa la llevaba Rim, el polo opuesto de Sara.

Llegamos a una ciudad de paso, pero esa vez tampoco hubo parada. Me quedé con las ganas mientras contemplaba la diminuta silueta de luz de la ciudad que se alejaba. Cuando apenas faltaba una hora para llegar, me invadió un poquito de sueño. Sólo entonces noté algo, como una caricia en mi hombro. «¡Caramba, la muchacha se había dormido!». No quise moverme con su cabeza inclinada sobre mí, pero después de un rato, me acordé de la primera humillación. Entonces, la aparté también con un brusco empujón hacia su asiento. Se despertó

aterrada, con cara de pocos amigos. Con un gesto seco y amenazador de mi índice, le recordé: «¡Lo acordamos!». Chasqueó los dientes sin atreverse a soltar una palabra y con un gesto desesperado, se encaramó a la ventana.

Cuando llegué a casa, estaba agotadísimo. Al entrar, me recibió un intenso olor a polvo. Me tiré sobre el sofá y dormí como un tronco. Al día siguiente, me desperté más tarde de la cuenta. Salí afuera porque no había ni rastro de alimento en casa. El ambiente de la capital me ahogaba: mucha gente, mucho tráfico, mucho jaleo… Después de comer compré una botella de vodka y otras cosas. Ya en casa, bebí toda la noche para emborracharme porque quería olvidar que estaba vivo.

2

Me desperté de un zarpazo, aterrado y con la incómoda sensación de estar a un paso de caer en el oscuro y hondo barranco de mi alma. Quería levantarme enseguida, pero me dolía todo el cuerpo. Me incorporé a duras penas. Después de un rato de meditación, me levanté con enojo sintiendo que se me iban a descomponer los huesos de la espalda.

En la inmunidad del muro de espejos del cuarto de baño, vi una inmensa y copiosa selva negra. En aquel instante, me di cuenta de que llevaba más de una semana sin afeitarme. Los estragos de la resaca hicieron pasar por mi mente las palabras de una cita que había leído en alguna novela de cuyo título no me acordaba: «Uno contrae ciertos vicios para poder soportar las malas épocas, pero lo